



Una paternidad liberada

Necesitamos «La revolución del padre». Nuestro siglo XXI es muy crítico con el modo como los varones han ejercido la paternidad hasta ahora. Se rechaza el modelo de padre distante y ausente, desafecto y que no comparte con la madre los cuidados domésticos de los hijos.



Fernando Vidal
Profesor de Sociología
@fervidal31

De forma generalizada, se extiende a todos los padres del pasado. Pero eso no ha sido siempre así. Realmente el modelo de padre ausente comenzó en el segundo tercio del siglo XIX como producto de la industrialización capitalista.

El capitalismo ha dado forma al modelo de paternidad a distancia. Durante el proceso de industrialización, hubo una emigración multitudinaria a ciudades en las que los varones eran llevados a las fábricas y las mujeres debían

quedarse en el hogar para poder cuidar a sus hijos.

En un entorno desconocido y peligroso como las nuevas ciudades, el hogar se replegó sobre sí mismo para proteger a la infancia. Las factorías quitaron a los hombres de los hogares y les pusieron a trabajar largas y duras jornadas seis días a la semana, doce horas diarias. El hombre fue reformateado para que su tiempo y su cuerpo se dedicaran al trabajo en las nuevas condiciones que el capitalismo imponía.

El hombre fue especializado en la producción y la mujer en la reproducción. Padres y madres fueron también industrializados: se les asignaron unas tareas dentro de la

cadena productiva-reproductiva, se estandarizó su comportamiento y se creó una cultura encargada de controlar que cumplieran con sus papeles.

Eso no había sido siempre así. Previamente, en el libro «La revolución del padre» hemos documentado numerosas investigaciones científicas que nos muestran cómo el padre era muy distinto.

► En primer lugar, el padre preindustrial convivía la mayor parte del día con sus hijos ya que el espacio doméstico y el espacio laboral era el mismo en la mayor parte de la economía agraria.

► En segundo lugar, ese padre tenía relaciones cooperativas con los hijos, con quienes compartía traba-

jos durante la mayor parte de sus vidas.

► En tercer lugar, padres y madres no tenían papeles rígidos sino que las tareas eran mucho más intercambiables dependiendo de las circunstancias y los caracteres de los cónyuges.

► En cuarto lugar, los estudios historiográficos demuestran cómo el padre estaba en muchos casos comprometido con la educación directa de sus hijos, su alfabetización y estudios básicos.

► En quinto lugar, el padre preindustrial era afectivo, expresaba sus emociones y mostraba un gran cariño por sus hijos, en algunos periodos históricos, con mayor intensidad que en la actualidad.

Sin embargo, la irrupción del capitalismo industrial lo cambió casi todo. El padre estaba materialmente ausente y no podía asumir tareas de cuidado doméstico en su vida ordinaria. El capitalismo creó una paternidad industrial que consistía principalmente en ser quien ganaba el pan para el hogar. El padre-salario se presentaba como el papel principal y suficiente para ejercer la paternidad. No se esperaba más de él.

Ni se quería que tampoco la paternidad fuera más allá, pues la tradición paterna implicaba valores como la solidaridad, la entrega al otro, la protección de las personas y todo un conjunto de virtudes comunitarias muy ajenas al modelo capitalista. Los valores familiares entraban en contradicción con el naciente capitalismo.

La lógica familiar era contracultural y por tanto tenía que ser, no solamente contenida, sino excluida para que no ejerciera resistencia a la explotación capitalista de las personas, los recursos, las comunidades y las propias familias. La familia se hizo extraña a sí misma. La familia fue maquinizada por el industria-



El modelo de padre ausente comenzó en el segundo tercio del siglo XIX como producto de la industrialización capitalista

lismo para ponerla al servicio del capitalismo.

Además, el restauracionismo político del siglo XIX hizo de la ideología patriarcal el *metamodelo* para la reinstauración del viejo absolutismo monárquico y la expansión del nuevo absolutismo capitalista. El estado asumió funciones de la familia y dejó el espacio doméstico-femenino y la conyugalidad reducidos a la funcionalidad reproductiva. A cambio, al hombre se le construyó una hombría basada en la productividad sexual.

La ideología de las distancias y separaciones reestructuró la cultura y la sociabilidad. Pero nada de eso ocurrió sin un gran sufrimiento para los padres que, ausentes, veían como su figura se volvía fantasmagórica en el hogar. Eso causó un malestar incalculable en aquellos para los que sus hijos, su mujer y su familia eran la fuente del sentido de su vida.

La estandarización industrial de la paternidad ocultó la enorme diversidad que hay de formas de ejercer la paternidad, según el carácter de cada varón, su propia experiencia como hijo, la relación con la madre y los muy distintos contextos familiares y sociales.

Tras décadas dándole forma al modelo de paternidad con los medios del Estado, el capital y la reputación de la ideología del progreso, los padres olvidaron cómo era ser padre antes de la cultura industrial. Las teorías evolucionistas incluso veían la paternidad y la familia como instituciones pretéritas, características de tiempos premo-

dernos, pero no de la Modernidad. Si los padres quieren reactivarse carecen de tradición. Prácticamente tienen que reinventarse.

Para Ralph LaRossa, hay un cierto paralelismo entre las carencias de tradición en mujeres y hombres. Aunque la mujer sufre una tradición más incapacitante, también los hombres en su papel de padres fueron incapacitados. Se hizo para que pudieran entregarse en cuerpo y alma a la producción capitalista y para que no contaminaran el orden con las lógicas familiares.

«La revolución del padre» que reivindicamos requiere retomar la tradición de la paternidad cuidadora y comprometida con sus hijos. Pero en la actualidad, el neoliberalismo también ha provocado una gran desvinculación, resultado de la cual una gran ola de padres varones desertan del hogar y abandonan a sus hijos. Es necesario que impulsemos una experiencia positiva e implicada de paternidad. Y eso exige la superación de los modelos capitalistas y neoliberales que impiden desplegar la experiencia y potencialidades de la paternidad. De eso no depende solamente la salud de nuestros niños y jóvenes, sino el conjunto de la civilización. Unámonos a «La revolución del padre». ●

TÚ CUENTAS

Manda tu historia o danos una pista

 redaccion@noticiasobreras.es

 91 701 40 82

